

Texto de la homilía pronunciada por Mons. Felipe de Jesús Estévez Montero con ocasión de la celebración de la Fiesta de Nuestra Señora de la Caridad en los terrenos del Santuario

Santuario Nacional de la Ermita de la Caridad, Miami, FL

8 de Septiembre, 2021

Nos reunimos de nuevo como hermanos y creyentes en esta Ermita de la Caridad, signo imborrable del entrañable esfuerzo de ese extraordinario Padre -Obispo tan querido por todos, Monseñor Agustín Aleido Román. ¡De tan feliz memoria! Esta Ermita, que es verdaderamente la casa espiritual de todos los cubanos, y de todos los hijos de Dios que peregrinan diariamente hasta acá para dejar a los pies de la Virgen sus oraciones, a contarle sus penas y compartir con Ella sus esperanzas. Palpable expresión y testimonio del “Pueblo Peregrino de Dios”, siempre en marcha.

Vengo desde la Diócesis Madre de San Agustín de la Florida, que tuvo el privilegio de acoger - ya enfermo - al Venerable y siervo de Dios, el Padre Félix Varela. Ese al que José Martí llamara “el santo cubano”. El Padre Varela recordado también como “el primero que nos enseñó a pensar”. Con él, pedimos hoy pedimos por nuestras familias, por nuestros ancianos. Con él, pedimos también por “la dulce esperanza de la Patria”, que así es como se refería él a nuestros jóvenes y niños en sus Cartas a Elpidio.

Muchos ignoran que nuestro Santo Cubano, era devoto de la Virgen de la Caridad del Cobre, devoción que había recibido de sus mayores. Durante su exilio norteamericano, Padre Varela publicó un libro sobre la Vida de la Virgen, para que sus fieles - los inmigrantes irlandeses y los norteamericanos que asistían a su parroquia - pudieran conocer y amar a la Virgen Madre de Dios y Madre nuestra. En ese libro incluía una Novena, redactada por el mismo, para que todos sus hijos pudiésemos orarle a la Madre y pedir su intercesión.

Vengo invitado por nuestro Arzobispo de Miami, Thomas Wenski para celebrar esta fiesta de la Natividad de nuestra Madre Santísima de la Caridad, la Reina de Cuba. Dicho en otras palabras, regreso a la casa paterna a celebrar - con ustedes - el cumpleaños de nuestra Madre. Esa mujer que siendo Madre nuestra, es también - y sobre todo - la Madre de Nuestro Señor Jesucristo. San Pablo dirigiéndose a los cristianos de Galacia les señalaba que Cristo Jesús, Verbo Encarnado, había “nacido de mujer” - y al nacer de mujer - nos hacía todos nosotros hijos de Dios que es Padre de todos, Abba de todos...

Esta dignidad de ser hijos de Dios es tal que no nos permite conformarnos nunca a ser esclavos de nada ni nadie. Y tampoco, por tanto, menos todavía de sistema o régimen social y político ajeno y hostil a Dios, supremo garante de la integridad de todos.

Dado que ya somos hijos libres Dios y sus herederos suyos es que sabemos nos toca en herencia la vida eterna. Agradecemos escuchar nuevamente esta noche esa Palabra viva de Dios, tal como nos enseñó el Apóstol Pablo.

La Madre de Jesús, nuestra Santísima Madre, tiene para nosotros los cubanos un nombre muy propio: Virgen de la Caridad del Cobre. Para otros pueblos es Guadalupe, la Inmaculada, Virgen de la Providencia, de Coromoto, del Pilar o del Carmen, para nosotros es Caridad del Cobre. En

nuestra propia forma de hablar “a lo cubano”, con nuestra confianza y cercanía, la llamamos cariñosamente Cachita, y en ello no hay falta de respeto alguno, pues el achicamiento del nombre es una práctica común del cubano, confianzudo, dicharachero, pícaro, zalamero. Nuestras madres carnales nos llaman igual, achicando nuestro nombre con mucho cariño, haciéndonos sentir que siempre seremos sus hijos, sus bebés, aunque ya seamos adultos crecidos y con muchos años. Pero nuestra madre al ser encontrada por Juan Moreno, aquel muchacho negro, y aquellos dos hermanos de pura sangre india en las aguas de la Bahía de Nipe en 1612 - los apellidamos los “tres Juanes” - encontraron su bendita imagen flotando sobre una tabla. La tabla decía “Yo soy la Virgen de la Caridad”. No podemos ni debemos olvidarlo jamás. Título enormemente significativo y providencial que en verdad que expresa lo más profundo de su ser. Su amor, un amor que como el de Jesús, su divino Hijo, nuestro hermano mayor. Amor incondicional, sacrificial y eucarístico; generoso y entrañable, porque el corazón es parte de nuestras entrañas, el órgano que instintivamente asociamos al más puro de los sentimientos: el amor. “Caridad del Cobre” completa su título y nos conduce a ese entrañable paraje oriental donde se hallaban las Minas del Cobre del Rey. Donde trabajaban los más pobres entre los pobres: aquellos indios, negros, mestizos y blancos, que tan temprano en nuestra historia colonial dieron testimonio de justa rebeldía. Sabemos muy bien que desde los inicios la Virgen de la Caridad acompañó la gesta libertadora de su pueblo.

Cuando decimos Caridad, nos remitimos necesariamente también a la tercera virtud teologal; aquella de la que San Pablo dice que, de las tres, (Fe, Esperanza y Caridad) la mayor y la más importante es la Caridad. Y es que sin amor nada tiene sentido. Ni saber mucho, ni hacer hacernos famosos... En fin, ¡nada!

Hermanos, el amor al que apunta la Caridad es misericordioso. La palabra Misericordia proviene del latín “cor / cordis”. Y todos, absolutamente todos, andamos indefectiblemente necesitados de misericordia; de un Corazón Misericordioso que nos acoja, que nos perdone y nos quiera a pesar de nuestras tantos fallos y miserias.

San Pablo en su hermosísima Primera Carta a los Corintios, nos habla de ese Amor con mayúsculas, el del Corazón de Jesucristo. A ese amor es que se refiere al convocarnos a ser pacientes, humildes, capaces de sacrificar nuestros caprichos, a no envidiar, ni andar jactándonos. A ser hombres y mujeres generosos, respetuosos de los demás, veraces, ¡capaces de perdonarlo todo! ¡Menudo proyecto!

Al convocarnos el Arzobispo Wenski a venir a celebrar juntos el nacimiento de nuestra Madre Celestial este terrible año de la pandemia global con su devastadora vertiente Delta, hacemos como todos los hijos, que queremos traerle a nuestra mamá un regalo... Unas flores quizás, unos bombones; algo que le exprese nuestro amor...

Pero nuestras madres nos conocen mejor que nadie y con solo mirarnos saben si hay algo que nos preocupa o que nos roba la paz; algo que nos entristece, que nos angustia. Ellas más que fijarse en el regalo que les traemos, quieren vernos felices ya que ese es el mejor regalo que podemos hacerle a una buena madre.

Ah, ¡qué bien sabe nuestra Madre de la Caridad lo que hoy nos preocupa y angustia hoy a todos los cubanos! Lo que ha causado tantas manifestaciones verdaderamente sorprendentes. Ella sabe que con nosotros traemos el dolor, la frustración, el temor y las penas de todo un pueblo que desde hace más de 62 años sufre por falta de libertad, de derechos, de paz, de dignidad, que logra cubrir sus necesidades más básicas. Sin nada que ilumine su presente ni su futuro, ¡sin esperanza!

Ella lo sabe y lo sufre porque lo ve, y que porque los cubanos de allá y de acá le pedimos continuamente en nuestras oraciones por todo eso. Ella conoce a todas por las madres que han perdido a sus hijos en el mar o cruzando las fronteras de países extraños. Ella ha presenciado la represión en las calles y barrios de Cuba; ella conoce a los jóvenes apresados, desaparecidos, maltratados y torturados por un régimen feroz que no se resigna a perder el poder, aunque ello suponga el enfrentamiento de unos cubanos contra otros.

Ella conoce el dolor de los hijos, niños y jóvenes que hoy están separados de sus padres, porque están presos, desaparecidos o lejos de su casa, porque no se les permite regresar a su país. Ella conoce el dolor de las familias que ven a los niños crecer sujetos a un adoctrinamiento que les impide pensar con cabeza propia ni expresarse con canciones. Jóvenes que no pueden realizar sus proyectos de futuro y crecimiento profesional para vivir honestamente de su trabajo. Padres de familia que ven a sus hijos emigrar porque no hay otra posibilidad para ellos, de los que envejecen sin seguridad, sin alimentación adecuada ni las medicinas que necesitan para enfrentar una epidemia y los achaques de la edad. Tal es nuestro vino y nuestro vino es en realidad muy amargo. Virgen de la Caridad, patrona nuestra, ¡socorre a tu pueblo cubano!

Al acercarnos hoy donde nuestra madre Cachita - junto a las ofrendas y regalos que presentamos en esta Eucaristía al aire libre y frente al mar que alcanza a besar las playas de la Isla en agonía - le presentemos con franqueza nuestros dolores y penas; nuestros proyectos y sueños. Esta noche los invito, hermanas y hermanos a oírle que nos dice - como les diría tantas veces Jesús a sus discípulos: “¡No tengan miedo!”. Como repetía incesantemente por el mundo entero el Santo Padre Juan Pablo II: “¡No tengan miedo!”.

Ella nos instruye nuevamente a ti y a mí cómo es que debemos enfrentar toda crisis - aún la de la falta de vino en una boda- como en aquella de Caná de Galilea: “¡Hagan lo que Él les diga!”. ¡Hagan lo que les diga mi Hijo!

Su Palabra nos guía y nos enseña el camino a seguir. Un camino en el que sólo la verdad nos hará libres. En el que amándonos unos a los otros podamos todos trabajar en un proyecto común para reconstruir “el alma de Cuba”. La ue expresara tan espléndidamente por Martí al llamarnos a construir una Patria “con todos y para el bien de todos”.

De todos: Los de adentro y los de afuera, porque todos somos hermanos, sin exclusión alguna. Ese es el camino en el que necesitamos encontrar y vivir la misericordia fundada en el perdón de las ofensas, lo que pedimos día a día con los labios de Jesús en el Padre Nuestro.

Pero como nos enseña sabiamente el pueblo hebreo, perdonar no es olvidar, no es simplemente “borrón y cuenta nueva”. Sabemos lo que ha pasado y no debemos olvidar, más aún-, cuando todavía tantos se empeñan en acumular abuso sobre abuso y crímenes sobre crímenes, y siguen

reprimiendo, abusando, cometiendo injusticias, olvidándose del pueblo al que dicen servir pero que en el fondo desprecian su dignidad humana y de hijos de Dios. Por eso, aunque perdonemos no debemos olvidar. Podemos y debemos esperar que un día se haga justicia y que los que han abusado, torturado, asesinado a las víctimas indefensas enfrenten el reclamo de la justicia en un juicio sereno y justo.

Para construir la nueva Cuba, necesitaremos de ambas partes: La herida y la hiriente. Un reto nada, nada fácil, para el que debemos implorar la asistencia del Espíritu de Dios. Nuestros abuelos que “a Dios rogando y con el mazo dando...”. Necesitamos seguir esforzándonos y exigiéndonos, ya que los poderosos son arrogantes se creen impunes. Para ellos, la única verdad es la que les permita mantenerse en el poder manejando a su antojo los destinos del pueblo.

Ahora bien, si tenemos el corazón lleno de esos sentimientos negativos, allí no hay espacio para el amor ni para Dios y Jesús no puede habitar en él. Por eso este pueblo cubano tan dividido por “las enemistades y discordias necesita que todos y cada uno de sus hijos perdone”. Que todos optemos por acoger y recibir el perdón de Dios por nuestros errores y pecados. La Segunda Plegaria Eucarística de Reconciliación así: “con tu acción eficaz, Señor, tu consigues Señor que el amor venza al odio, la venganza deja paso a la indulgencia, y la discordia se convierta en amor mutuo”.

Estemos atentos a lo que nos dice hoy la Virgen María en su profético Himno del Magníficat: Dios “desbarata los planes de los soberbios, derriba de su trono a los poderosos y eleva a los humildes”. Por eso nuestro pueblo, que sufre 62 años de abusos, de crímenes, de injusticias y de iniquidades se ha alzado para preguntar: ¿Cuándo es que ustedes van a reconocer sus descomunales errores y pecados?

¡Por eso se hace tan difícil la reconciliación nacional! Pero no es imposible. Tenemos que lograr sacarnos del nuestro corazón el odio y la venganza, para que nunca más exista en la nación cubana la violencia física y verbal, el abuso, la humillación, las ofensas, los sufrimientos innecesarios, tanta indignidad.

El título mismo de nuestra Madre y Patrona nos lo exige. Como lo expresaron admirablemente los Obispos Cubanos en la reflexión de 1993, “¡El amor todo lo puede!”. Nada es imposible para Dios, el Dios que “derriba del trono a los poderosos y levanta a los humildes”.

Esta bella celebración eucarística nos conforta y expresa nuestro compromiso de vivir en comunión. Celebramos como aquellas primeras comunidades cristianas que todo lo hacían unidos. Celebrando la reconciliación que Cristo nos trajo, la que hace desaparecer toda enemistad. Firmes en la esperanza cierta del banquete eterno que se nos ha prometido en una Tierra Nueva donde resplandecerá la plenitud de la Paz. Cimentados en el abrazo eucarístico de Jesús, que nos amó hasta el extremo.